

CAPÍTULO IV

VARIAS causas había para celebrar cuanto mejor se pudiese la fiesta del 12 de Diciembre. Ese es el día en que todo el pueblo mexicano recuerda la maravillosa aparición de la Virgen de Guadalupe, y natural parecía que el grupo de peregrinos saludase á su Augusta Patrona, cuando se hallaba ausente de la patria. Además, el respetable señor presbítero don Ramón Sotomayor, que el día antes había cumplido años, debía celebrar el 12 sus bodas de oro ó quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.

El Ilmo. señor Morgades, muerto algunos días después y llorado por sus diocesanos, permitió que se votivara la Misa propia de la Virgen de Guadalupe, en el suntuoso templo de Nuestra Señora de la Merced, pa-

trona de la ciudad condal. En ese templo se venera la imagen de María de la Merced, que dejó el insigne fundador de la Orden para la redención de cautivos, San Pedro Nolasco. El altar mayor está decorado con preciosos mármoles, y en todo el templo existen objetos artísticos de gran precio.

Fué comisionado para cantar la Misa solemne, como celebrante, el señor presbítero Sotomayor, á quien acompañaron como diáconos dos sacerdotes peregrinos, como maestro de ceremonias el señor presbítero don Crescencio Rivera Soria, como padrinos de capa los señores canónigo don Francisco C. Miranda y presbítero don Francisco Amezcua, y como seglares los señores don Timoteo Macías y don León Reyes.

El coro de la iglesia desempeñó la parte musical con tanto esmero, que ninguno de los asistentes á la ceremonia olvidará las sublimes armonías que le fué dado escuchar. La combinación de las voces con el órgano y la pequeña orquesta era de aquellas en que se revela la dirección de un maestro inteligente y de exquisito gusto. Momentos hubo en que nos creíamos transportados á celestiales regiones.

Pasó el Evangelio y el Ilmo. señor Ibarra se dignó ocupar la sagrada cátedra, pronunciando un magnífico sermón, de aquellos que conmueven y excitan el ánimo á la piedad y al recogimiento. Feliz como nunca estuvo el dignísimo orador; afluían las frases de sus labios como un torrente de elocuencia inagotable; ensalzaba con místico amor las glorias de María, pintando á lo vivo las emociones de Juan Diego al prometerle que se mostraría *Madre amorosa y tierna de cuantos la lla-*

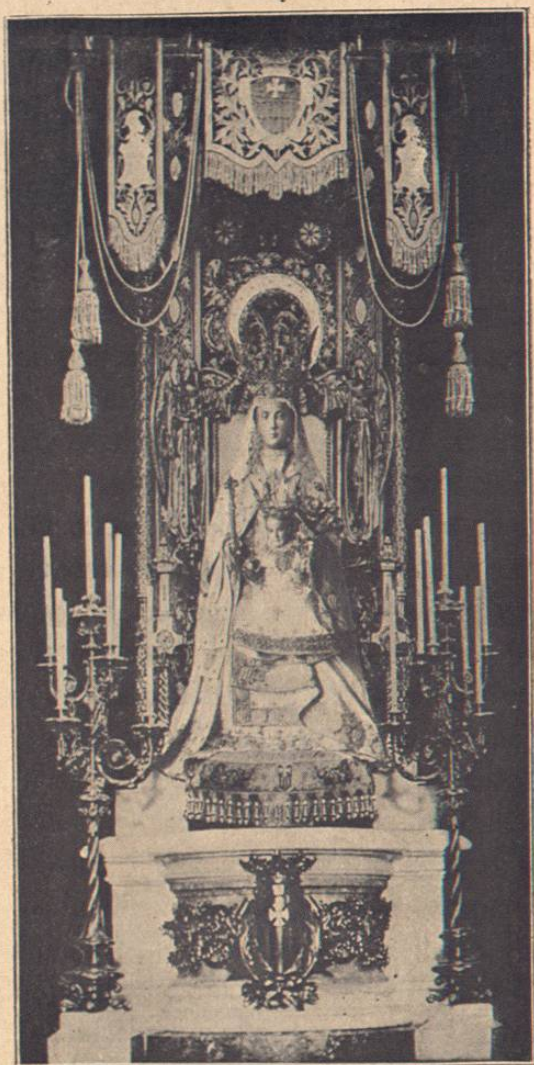


IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
EN SU TEMPLO DE BARCELONA.

masen; tuvo alusiones oportunas y afectuosas hacia la patria; dió los parabienes al dichoso sacerdote que celebraba sus bodas de oro, y por último, con sentidas palabras encomió á la madre España, á quien debe México el hermoso legado del idioma, de las costumbres y más que todo, de la religión del Crucificado. Los elevados conceptos del Ilmo. señor Ibarra, fueron dignos de la solemnidad, y justamente apreciados por españoles y mexicanos.

Al concluir la Misa cantó de nuevo el coro, ejecutando una Salve con dulcísimos acentos, que conmovieron una vez más á los fieles. Después de esto los peregrinos se dirigieron al camarín donde se les permitió besar la imagen de Nuestra Señora de la Merced. Habíamos cumplido un deber imperioso, como era el de saludar á la Reina del cielo en una de sus festividades, la más trascendental para nosotros, y el de darle gracias por habernos concedido hasta aquel instante un feliz viaje á través de los mares; pero aún faltaba algo que era preciso cumplir: la visita al santuario de Montserrat.

La mayoría de los peregrinos emprendió, pues, la tarde misma de ese día la interesante excursión. Ocupando varios coches de la vía férrea atravesó las montañas al borde de precipicios espantosos, y penetró en atrevidos túneles abiertos en las vivas rocas. Sólo es comparable á esta obra de cíclopes la vía férrea que une México á Veracruz. En ésta se admira de igual modo que en aquélla, la magnificencia de las obras del Creador y el ingenio del hombre.

Llegar frente al santuario que se levanta en medio

de áridas rocas, y no sentir una profunda emoción, sería imposible. Allí el alma se aparta de la tierra y vuela con las alas del amor divino, á ignotas regiones de paz y bienandanza.

Durante el trayecto los peregrinos rezaron el Rosa-



VISTA DEL MONASTERIO DE MONTSERRAT.

rio, y cuando entraron en el templo, depósito de piadosas tradiciones, quedaron sorprendidos por la vistosa iluminación del sagrado recinto en que se veían arder más de 4.000 bujías.

A esta grandiosidad llegó á unirse la *escolanía*, conjunto de apacibles voces, que cantó además del Rosario la Salve Montserratina, acompañada con los graves

acentos del coro de monjes Benedictinos. El ejercicio del día terminó con un fervoroso sermón predicado por el señor presbítero Rivera Soria.

La noche se pasó tranquilamente, gracias á la hospitalidad de los reverendos padres Benedictinos, hacia los piadosos viajeros. La mañana del 13 fué verdaderamente espléndida, aunque el frío se dejaba sentir con

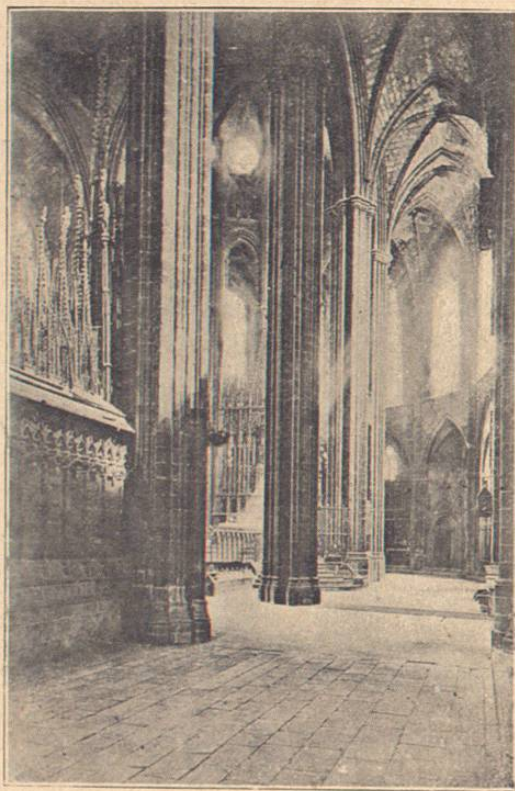


LÁPIDA EN MONTSERRAT.

bastante fuerza. Todos los señores sacerdotes celebraron el Santo Sacrificio de la Misa, y los seglares allí presentes, recibieron devotamente la Sagrada Comunión.

Pasada la hora del desayuno, todos los peregrinos acudieron al antecamarín citados por el Ilmo. señor Ibarra para depositar una lápida conmemorativa, con la

debida solemnidad. En ella se lee la siguiente inscripción: *Recuerdo de la visita que la Tercera Peregrinación Nacional de México á Roma hizo á la Santísima Virgen de Montserrat en el mes de Diciembre de 1900. — Católicos*



ALTAR MAYOR Y NAVE LATERAL
DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

españoles, orad por México como México ora por España.
— *Los Peregrinos Mexicanos.*

Terminada esta ceremonia, el Ilmo. señor Obispo y los demás peregrinos visitaron las diferentes ermitas

diseminadas en la montaña; recorrieron pintorescos sitios, desde los cuales se contemplan hermosos panoramas, y luego regresaron á Barcelona, pues ya era preciso continuar el interrumpido viaje.

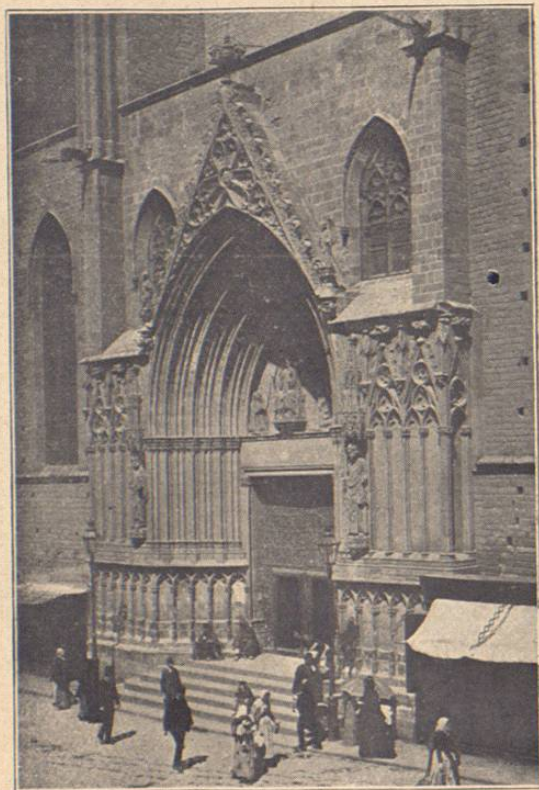


CORO Y CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

Más antes de retirarnos daremos todavía un paseo por la ciudad que, hoy por hoy, es el emporio de la industria española.

La Catedral causa por su aspecto una impresión favorable. Es de orden gótico; en su hermosa fachada se ven las estatuas de los doce Apóstoles, y en medio de

ellas la del Divino Salvador. Su interior, bastante obscuro, impide, á primera vista, apreciar el mérito de este vasto templo, que sólo se comprende cuando se le visita con detenimiento.



SANTA MARÍA DEL MAR (BARCELONA).

El altar mayor, rematado por finísimas agujas, es una obra de gran valor. Debajo del Sagrario se conservan los cuerpos de San Severo, Obispo de Barcelona, y de San Raimundo de Peñafort, que fué Canónigo de la misma Catedral.

La ciudad se gloria de contar, entre sus ínclitos mártires, á Santa Eulalia, su patrona, cuyo cuerpo, encerrado en magnífica urna de alabastro, se venera en la cripta que se halla debajo del altar mayor. También se conserva en este templo el cuerpo del Obispo San Olegario.

Como las principales catedrales de Europa, la de Barcelona tiene su tesoro que guarda objetos valiosos, entre los que citaremos tan sólo la silla de plata sobredorada que fué del rey don Martín I de Aragón, y en que entró don Juan II de Navarra, después de haber derrotado á los franceses en Perpiñán; una Custodia riquísima, el Crucifijo que llevó don Juan de Austria en su galera cuando dió la batalla de Lepanto, y la hermosa cruz procesional.

No menos interesante es Santa María del Mar, también de orden gótico, y en la cual se venera una imagen de la Virgen María, toda de mármol de Italia. En su Archivo cuenta con documentos valiosos, como las bulas de varios Sumos Pontífices y las pragmáticas de algunos Condes de Barcelona y reyes de Aragón.

Santa María del Pino, muy notable por sus vidrieras de colores, guarda reliquias de alta estima, tales como un pedazo del sepulcro del Salvador, un pequeño trozo de la Santa Cruz, regalado por el Papa Benedicto III á don Martín de Aragón, y dos espinas de la Corona de Nuestro Señor Jesucristo, que pertenecieron á Carlo Magno.

En la iglesia de Belén hay buenos cuadros antiguos, una hermosa imagen de Nuestra Señora del Carmen y varias reliquias de San Ignacio de Loyola.

En el templo del Palau se conserva el bastón de mando que empuñó don Juan de Austria en Lepanto; en Santa Marta es notable la estatua de mármol blanco que representa á la Virgen del Rosario; la de San Felipe Neri, sencilla en su estilo, tiene algunas buenas esculturas; la del Sagrado Corazón es de las más suntuosas, y la del Instituto Salesiano encierra, entre otras, una bellísima imagen de María Auxiliadora.

No carece Barcelona de edificios espléndidos que pueden figurar ventajosamente al lado de los de cualquiera capital del mundo civilizado. Entre ellos se cuenta la Lonja, que da frente á la plaza de Palacio, y en sus cuatro fachadas revela gran magnificencia. Notables son también las fuentes y esculturas que la adornan interiormente.

La Casa Consistorial está bien distribuída y llama la atención el decorado de sus salones. La Universidad tiene una gran fachada frente á un jardín bien cultivado. El Teatro del Liceo no ofrece por fuera ninguna particularidad; pero su interior es magnífico. La sala de espectáculos, aunque menos decorada, es más grande y de mayor elegancia que la de la Opera de París. Este teatro, después de la Scala de Milán, es de prueba para los artistas que, aplaudidos en él, bien pueden llamarse *di cartello*, como dicen los italianos.

Grande es la afición de los barceloneses á la música, y figuran en este género renombrados artistas y profesores catalanes. El eminente maestro Clavé tiene una estatua levantada sobre un pedestal formado de arpas y liras.

No es raro oír en las calles de la ciudad orquestas

que tocan con dulzura y afinación, así como músicos pobres que se valen de su arte para ganarse algunos céntimos en la vía pública.



EXCMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS.

En la Plaza de Antonio López se ve un elegante monumento dedicado á un eminente patricio que, no sólo acometió grandes empresas de navegación á través del Atlántico, sino que supo unir su nombre á la fundación de varias obras de beneficencia. En actitud correcta se

ve la estatua del grande hombre sobre un airoso pedestal, en cuyas caras se leen las inscripciones siguientes: *A. López y López.—Gran naviero, Senador vitalicio y primer Marqués de Comillas.—..... España ha perdido uno de los hombres que más servicios le han prestado. Telegrama de S. M. el rey D. Alfonso XII. — XII Abril MDCCCXVII. † XVI Enero MDCCCLXXXIII.*

Los bajo relieves de mármol blanco representan hechos notables de la vida del Marqués. Sobre éstos se ven los escudos de Barcelona, centro de sus empresas, de Santander, su tierra natal, y de la Habana y Manila, puntos principales que tocaron sus vapores.

El actual Excmo. señor Marqués de Comillas ha heredado de su ilustre antecesor, á la vez que el glorioso título, su actividad para el trabajo, su clara inteligencia, su acendrado patriotismo y sus nobles y caritativos sentimientos.

El Arco de Triunfo que hay en el Parque es muy hermoso: ostenta los 49 escudos de las provincias españolas y altos relieves de gran mérito. Subsiste como un recuerdo de la Exposición Universal que celebró Barcelona en 1888.

Frente á la Plaza de Palacio se ha erigido una fuente monumental de mármol blanco, que tiene en su base cuatro caballos marinos montados por geniecillos; en su pedestal estatuas que representan las cuatro provincias catalanas de Barcelona, Tarragona, Lérida y Girona, rematando el monumento el genio catalán en forma de un gallardo mancebo.

El pueblo catalán, que ha dado gloria á España en todas las épocas porque ha atravesado, es enérgico,

franco, honrado y laborioso. Cultiva su idioma con verdadero fanatismo y lo habla siempre donde quiera, no consintiendo en que se le dé la clasificación de dialecto. Quizá tenga razón, pues lo estudia y lo hace amar en sus periódicos, sus poesías, sus teatros y hasta en los templos. De gran resonancia son los Juegos florales que, para premiar obras literarias, se celebran todos los años en Barcelona. Los catalanes, siguiendo las huellas de los provenzales, se han mostrado siempre apasionados de la gaya ciencia.

Imposible nos fué, en el breve tiempo que tuvimos disponible, visitar la ciudad como hubiéramos querido. Su panorama es delicioso y mucho contribuyen á embellecerla las montañas de que está rodeada, y su puerto en que hay siempre gran movimiento de embarcaciones.

A las tres de la tarde zarpó de nuevo el *Ciudad de Cádiz*. Iban desapareciendo poco á poco las torres de Barcelona, y el Montjuich con su fortaleza secular. El mar parecía bruñido espejo, y llevando en la mente imborrables recuerdos, seguimos bogando hacia nuestro final destino en este viaje.

Tal era la calma del líquido elemento, que ni el temible Golfo de León encrespó sus olas.

La noche del 14 era la última que debíamos pasar á bordo del *Ciudad de Cádiz*, y con ese motivo dispuso el Ilmo. señor Obispo que se rezara el Rosario con más solemnidad que de costumbre, cantándose los misterios. El celoso capellán del buque hizo transformar en capilla el comedor de primera clase, colocando el cuadro de la Virgen del Carmen sobre una gran cortina formada por las banderas de México y España unidas.

Aquello despertó el entusiasmo de una manera inusitada. Luego que terminó el Rosario tomó la palabra el Ilmo. señor Ibarra, y en una sentida alocución hizo una síntesis del objeto que llevaba la peregrinación á Roma; dió las gracias por sus finezas al Excmo. señor Marqués de Comillas, á la Compañía Trasatlántica, á los entendidos capitanes del *Alfonso XII* y del *Ciudad de Cádiz*, y á cuantos se habían esmerado en hacernos grata nuestra larga navegación.

Resonó un aplauso unánime, y en seguida, á solicitud del mismo Ilmo. Prelado, el autor de este libro dirigió algunas frases cariñosas á España y á los países latinos, que fueron recibidas con gran benevolencia.

Desde aquel instante se dejó ver la alegría más franca en los rostros de todos, y se cantaron en el salón con acompañamiento de piano, varias piezas, entre las que figuró el Himno Nacional, cuyas estrofas se repetían con general aplauso, siendo el alma de todo, el señor presbítero don José M.^a Soto.

Retiráronse á sus camarotes casi todos los pasajeros, quedando sobre cubierta contemplando el mar y el cielo estrellado unos cuantos que percibimos á distancia un faro. Era el de la isla de Cerdeña, á la cual paulatinamente nos acercábamos. Poco después pudimos ver una extensa arboleda que, como una turba de espectros, dibujaba su silueta en el horizonte.

El día 15, antes de que el sol llegara al cenit, anclaba el vapor frente á Civita-Vecchia, puerto importante en otro tiempo, cuando el Papa tenía el poder temporal de sus estados. Hoy se observan restos de las obras allí emprendidas, que fueron de magnitud; pero es triste

contemplar desierta la bahía, apenas surcada por pequeñas barcas veleras.

A los pocos instantes de haber anclado, llegaban á bordo, con objeto de darnos la bienvenida, el señor Comendador Enrique Angelini, Cónsul de México; el Barón don Manuel Guerra, Secretario del Banco de Roma;



PUERTO DE CIVITA-VECCHIA.

las estimables señoritas Larráinzar, los jóvenes hijos del señor Angelini y los miembros de la Junta de informaciones. Sobre cubierta se cantó el *Te Deum* y el Himno Guadalupano en acción de gracias.

Bajamos á tierra, y después de examinar nuestros equipajes, operación que practicaron los empleados de la aduana con mucho miramiento, nos dirigimos á la estación del ferrocarril, atravesando una amplia avenida donde sólo se notaba algún movimiento á causa de nuestra llegada.

Algunas casas de campo que sólo se ocupan en el verano, es lo que forma la mayor parte de la ciudad, á cuyo frente se extiende el mar, surcado por barcas de pescadores que semejan gaviotas.

Listo estaba ya un tren especial bastante lujoso, en



LLEGADA DEL «CIUDAD DE CÁDIZ»
Á CIVITA-VECCHIA, AL ATRACAR EL BOTE
DEL SR. CÓNsul DE MÉXICO.

que nos hizo compañía el inspector de la línea. En él atravesamos la campiña romana donde se veían huellas de desolación producidas por el desbordamiento del Tíber, que pocos días antes, había destruído en Roma uno de los murallones de defensa, inundando la parte baja de la ciudad y llevando sus aguas el estrago hacia aquellas fértiles comarcas. Las granjas y factorías presentaban tris-

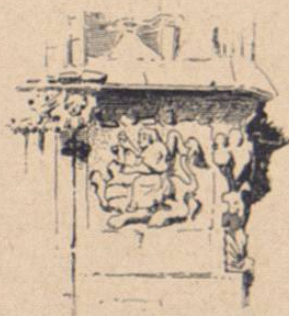
tísimo aspecto, y apenas consideramos cuántos infelices labradores habrían de ser víctimas de la miseria, donde todo debía ser abundancia de frutos y cereales.

El tren fué acercándose á Roma, y desde las ventanillas de los coches íbamos descubriendo las torres y cúpulas de la Ciudad Santa. Por fin, hicimos alto en la estación, donde ya esperaban los carruajes que debían conducirnos á nuestros respectivos alojamientos.

Justamente al mes de haber dejado la capital de nuestro amado suelo llegábamos á Roma, guiados por un espíritu piadoso y anhelando recibir nuestra parte del tesoro de gracias que el Vicario de Cristo prodigaba á los fieles hijos de la Iglesia Católica.

El Ilmo. señor Ibarra, que nada omitía en el desempeño de su misión como director espiritual de los peregrinos, antes de separarnos, tuvo á bien citarnos para la mañana siguiente en el Colegio Pío Latino Americano, á donde iba á hospedarse.

La Ciudad Eterna nos había abierto sus puertas. En seguida veremos cuáles eran las dulces y gratas emociones que, por dicha nuestra, nos tenía preparadas.



Detalle de la
puerta de S. Ivo
Catedral de Génova.